

GERMINAL

ORGANO DE LA "UNIÓN NACIONAL"

AÑO I

LIMA, 7 DE ENERO DE 1899

N.º 2

¿A dónde vamos?

Por mucho que estemos acostumbrados á ver realizarse en el Perú las cosas menos en armonía con el buen sentido y con la lógica, sorprende tristemente lo que, en materia de política interna, ocurre en la actualidad.

Divídese la unidad llamada partido demócrata; y mientras la primera de sus fracciones, oponiendo veto á los avances gubernativos y lanzando reto al civilismo, exhibe desembozadamente una candidatura, la segunda, aguarda que brote del cerebro de Júpiter la diosa, en cuyos altares haya de depositar, sin reservas, el concurso de su adhesión y de sus votos.

Con tales antecedentes, era de esperar, en cualquiera parte del mundo, que se empeñara la lucha electoral; lucha llena de dificultades, sin duda, en la que se esgrimiría como armas del oficialismo, el atropello y el abuso; pero lucha, al fin, reveladora de las fuerzas vivas de la nación.

Designado don Eduardo de la Romaña como candidato á la presidencia de la República por los supuestos delegados departamentales, suponíase que, lejos de agotarse, se retemplaran los bríos de los rebeldes á la consigna palaciega. Porque en realidad ¿cuáles son las credenciales de merecimiento ciudadano exhibidas para atraer la consideración del país? Ninguna que conozcamos. Y las virtudes públicas dan franco acceso á los altos puestos en los estados de funcionamiento normal y ordenado, cuando tienen una claridad de sol, capaz de deslumbrar todas las pupilas.

Presentar persona que no ha despertado la inteligencia del pueblo por la doctrina,

ni se ha adueñado de su corazón por el beneficio, es simplemente ridículo, es absurdo; debería serlo. Entre nosotros, desgraciadamente, no es así.

Sea falta de educación republicana, sea hábito de vivir directa ó indirectamente de las provisiones fiscales, sea apocamiento de carácter,—lo cierto es que casi siempre, tras de imprecar y execrar, concluimos por aceptar resignadamente, cuando no con aplauso, el querer del Ejecutivo.

Don Guillermo E. Billinghurst que, por acto de propia iniciativa, creó una situación comprometedora; que condenó con el fanatismo de un convencido el pacto demócrata civilista; que plantó su tienda de campaña, llamando á ella á los hombres alejados de la política militante; don Guillermo E. Billinghurst, decimos, que se mostrara empeñoso para ir hasta el fin en la obra de las reivindicaciones, hoy, al conocer al anunciado de los profetas, al ungido del Señor, baja la cerviz y entona el *pecavit humilde*.

Sorprendente actitud en quien, como Presidente del Congreso, nos dió él, solo él, la conculcadora ley electoral; como Plenipotenciario, un protocolo negociado sin leer las instrucciones; como ex-senador, el espectáculo de volver á la curul perdida.

La retirada cobarde del Sr. Billinghurst, viene á engendrar, por mero efecto de las circunstancias, otra situación más peligrosa. No porque él encarne los ideales de la libertad, nada de eso; sino porque abandonado el campo, la única simiente que fructificará ha de ser la sembrada por la mano conservadora.

Siéntese ya algo como el soplo del espíritu que animara nuestro organismo el año de 1839.

Y como el *laissez faire*, la apatía ó la cri-



minal condescendencia constituyen el fondo de las multitudes aquí, veremos, en breve, establecido en sistema el autoritarismo autocrático, con su obligado cortejo de horrores.

Por esa dejadez perpetúanse los *industriosos* en el aprovechamiento de los inagotables filones de la masa contribuyente; por esa dejadez, toleramos el resurgimiento de Lázaros y de leprosos; por esa dejadez, los menos sojuzgan á los más.

Palpita aún el recuerdo de las elecciones municipales de Lima: dos bandos opuestos, no alcanzaron á llevar á las urnas millar y medio de votos, correspondiendo la victoria al que obtuvo novecientos. ¿Es concebible mayor desdén por los intereses sociales?

Al llamamiento ó mandato imperativo contenido en la carta pastoral del nuevo Arzobispo para que los fieles hagan labor en la política, ha seguido, inmediatamente, la proclamación de una individualidad intransigente con quien no piensa como él, romana hasta la médula de los huesos.

¿A dónde vamos? Si los hombres de principios, amantes de la libertad, celosos del derecho humano, no se juntan; si no constituyen un todo homogéneo y compacto para resistir la embestida; si se cruzan de brazos en torpe conformidad musulmana,—el clericalismo y el autoritarismo, dos aspectos de la misma esencialidad absorbente y anonadadora, avasallarán los restos de las energías del Perú.

De pie, de pie el liberalismo. Arrojemus caretas, sumémonos; y en batalla abierta, ensayemos nuestras fuerzas, ondeemos nuestra bandera.

Sepa el mundo que, á pesar de todo, hay en esta Patria almas altivas que no consentirán en su aniquilamiento y corazones suficientemente templados para no sopor-tar, en abyecta indiferencia, las asechanzas ó las obsesiones de sus autócratas gobernantes.

Hé allí el grande, el supremo deber de la hora presente.

Espanoles y Yankees

Nicomedes Pastor Díaz afirmó que *el hombre no se da bien en América*, y algunos plumíferos españoles nos lo suelen recordar con el olímpico desdén de un Apolo que se

midiera con una turba de mirmidones ó de orangutanes. Vamos á cuentas: si llamamos hombre al bípedo implume que duerme la siesta, se regala con gazpacho, quema cirios á la Virgen del Pilar, declara duelo público la muerte de un torero y lame la bota de Martínez Campos ó la ensangrentada mano de Cánovas, el hombre no se da bien en América.

En cuanto á la América Española, se la abandonamos á todos los humoristas de Madrid, porque el español, al escarnecer á los hispano-americanos, no hace más que escarnecerse á sí mismo desde que en los hijos se ve la exacta reproducción de los padres. Ciertamente, en la América Española hay millones de indios y miles de negros que no llevan en sus venas una sola gota de sangre castellana; pero verdad también que los negros y los indios han vivido por algunos siglos bajo la exclusiva dominación de España, de modo que intelectual y moralmente deben ser considerados como sus propios hijos. Los negros ó animales del campo, lo mismo que los indios ó animales de la mina, se hallan en el caso de argüir á sus antiguos amos:—Si somos malos ¿por qué no nos educaron ustedes bien? Si hemos degenerado ¿por qué no impidieron ustedes la degeneración? Cuando los animales domésticos degeneran, cúlpese al dueño, no al animal.

Con todo, supongamos que á pesar de la *sabia y paternal administración* de los conquistadores, el hombre haya sufrido en la América Española una evolución regresiva hasta el punto de haberse convertido en un gorila. Entonces preguntamos: ¿cómo explican ustedes que los gorilas San Martín, Bolívar y Sucre derrotaran al *hombre español*? ¿cómo explican ustedes que los gorilas Bello, Baralt y Cuervo hayan enseñado y enseñen castellano al *hombre español*? ¿cómo explican ustedes, en fin, que hoy mismo 20 ó 25 mil gorilas de Cuba acaben de tener en jaque á más de 200 mil *hombres españoles*?

En España se habla de los americanos como si se tratara de los habitantes de la Luna; por lo general, se sabe que para venir á cualquier punto de América se necesita embarcarse, más allá del embarque no hay noticias. Diga usted que Montevideo linda con Sanpetersburgo y que Buenos Aires dista un kilómetro de Constantinopla, y se lo creen hasta los profesores del Ateneo.

Respecto á los Estados Unidos ¿qué decían no hacé mucho los españoles? Los yankees son un pueblo sin ejército aguerrido ni marina fogueada: con el «Pelayo» y unos cuantos buques más de la *invencible y gloriosa escuadra española*, sobra para hundir á las naves norteamericanas; con los *invencibles y gloriosos veteranos de Cuba*, hay fuerza suficiente para invadir el territorio de Unión, tomar Washington é imponer las condiciones de paz al Gobierno de la Casa Blanca. Weyler sólo pedía unos 60 ú 80 mil hombres para llevar á cabo la empresa. Y todo esto no era la concepción morbosa de un general reblandecido, sino la opinión arraigada en el cerebro de hombres como Romero Robledo y Nocedal. Hoy mismo no faltan diarios españoles que hagan responsable á Sagasta por no haber apresurado la guerra y hecho trasladar *oportunamente* 100 mil hombres de Cuba á Florida. España habría recorrido en triunfo los Estados Unidos.

Hay más: para el vulgo español (entendiéndose por vulgo tanto el rufián que en el puente de Toledo blande la navaja, como el marqués tronado que en la calle de Sevilla le palmea las nalgas al torero,) los Estados Unidos son una aglomeración de choriceros y matadores de cerdos. Los poetas americanos, en vez de montar el Pegaso, cabalgan en un gorrino; los senadores yankees discuten con los puños arremangados hasta el codo y llenos de sangre porque vienen de matar su marrano; las damas de Nueva York van á los paseos, con su lechón bajo el brazo, á no ser que prefieran quedarse en sus hogares, consagradas á la tarea de ahumar jamones ó rellenar chorizos. Todo el ingenio de los bardos y caricaturistas españoles no ha salido de llamar cerdos á los yankees ni de ponerles orinales en lugar de sombreros. Hay quien se ha desmayado de risa al ver semejantes simplezas en el *Madrid Cómico*, semanario soso y memo, dirigido por una especie de imbécil que responde al nombre de Sinesio Delgado.

La superioridad del español sobre el norteamericano no admite réplica desde Cádiz hasta Barcelona. Para el buen comedor de garbanzos, nada vale abrir canales y trazar caminos, tender redes de forrocarri-les y de telégrafos, cubrir de muelles las costas y de puentes los ríos, ó improvisar en 20 años ciudades que por su magnifi-

cencia y población eclipsan á las antiquísimas ciudades europeas. La nación que en tan pocos años realiza tantos prodigios puede estar muy adelantada en el orden material, pero en el orden intelectual ocupa nivel muy inferior á la España de los *grandes tribunos y de los grandes escritores*. ¿Quién tiene á los hombres de palabra y de pluma que poseemos nosotros? dicen los madrileños hinchando el pecho y esforzándose por elevarse unas cuantas pulgadas sobre los desvencijados adoquines de la Puerta del Sol.

Se les podía contestar que un Núñez de Arce con todos sus «Idilios» no vale tanto como Longfellow, que un Emilio Castelar con toda su elocuencia no se iguala con Emerson ó *el Aguila Blanca*, que los Pérez Galdós y las Pardo Bazán no hacen olvidar á Fenimore Cooper ni á Edgardo Poe, que ninguno de los modernos americanistas españoles compite con Prescott, Bancroft ni Winsor, que hasta en el exclusivo terreno de la historia de la literatura castellana no se cuenta español (incluyendo á don Amador de los Ríos y á Menéndez Pelayo), que haya logrado eclipsar á Ticknor... Pero vale más dejarles confitarse en su ilusión y repetirles:

«Efectivamente, es muy bueno contar con Píndaros y Cicerones; pero más bueno habría sido poseer marinos que no se hubieran dejado echar á pique en Trafalgar, y soldados que hubieran sabido defender Holanda, Zelanda, el Rosellón, Portugal, el Franco Condado, Flandes, el Milanésado, el Reino de Nápoles, México, Centro América, la América del Sur y sobre todo Gibraltar. Tampoco habría sido malo poseer ingenieros que hubieran sabido abrir canales y trazar caminos, para que la España de hoy no fuera una especie de archipiélago en que las ciudades representan á las islas y los desiertos hacen de mares.»

Con la sorpresa en Manila y los combates navales en Santiago de Cuba, con la pérdida de Filipinas y Puerto Rico, los españoles tienen razones suficientes para convencerse que en Estados Unidos hay algo más que degolladores de cerdos; pero ¿adquirirán ese convencimiento provechoso, y le usarán como una lección salvadora? Seguirán talvez en sus pueriles fanfarronadas atribuyendo los descabros á la ineptitud de Blanco, á la traición de Sagasta ó á

las pocas novenas rezadas á la Virgen del Pilar de Zaragoza.

Por lo pronto, Núñez de Arce parece aconsejar á los españoles el uso de la oración; «Impongo, dice, silencio á mi indignación y me limito á rogar á Dios que aparte de los labios de mi desgraciada patria el amargo cáliz que á cada paso le ofrece en estas horas de mortal angustia, la vieja y estéril política de nuestros ciegos partidos.»

Con que, españoles, imiten á su gran poeta, y ¡á rezar para aliviarse de todos los males!

La lucha contra el alcoholismo

No extrañará por supuesto que en la campaña que ha emprendido la «Unión Nacional», se dé lugar preferente á la Higiene, porque ocupándose esta ciencia de robustecer al individuo, el cumplimiento de sus leyes nos dará hombres valerosos y fuertes para las campañas que nos conquisten el triunfo en las lides de la Democracia. Criaturas endebles y raquíticas no representan valor alguno en las guerras que sostienen y confirman los triunfos de la idea; cerebros anémicos y mal equilibrados producirán fosforescencias si, pero no la luz meridiana, la inteligencia fuerte, la razón tranquila del batallador convencido de la grandeza de su idea y de lo elevado de sus destinos.

Nuestra misión no queda reducida, pues, á la vulgarización y sostenimiento de nuestros principios, ve en cada ciudadano un correligionario actual ó futuro y lo cuida y procura su bien, lo estudia en su naturaleza física y deduce y propone los medios necesarios para su mejor desarrollo y robustez, para bien de él, de la familia á que pertenece, de la sociedad en que vive: todo para el engrandecimiento de la Patria, principio y fin de todas nuestras aspiraciones,

Pondremos á su vista y pediremos para él cuanto le reporte provecho, lo alejaremos del vicio y de los malos hábitos que atrofian el cerebro y degeneran la raza. Nuestra campaña será sostenida y fuerte sobre todo contra el alcoholismo, ese vicio más asqueroso que la lepra, más terrible que la peste.

Y hay derecho no sólo para criticarlo: hay más, se tiene derecho para fustigarlo, para pedir leyes que hagan efectiva su represión, porque el alcoholismo es un envenenamiento, mas ó menos lento pero siempre fatal. Las sociedades que no lo combaten se suicidan.

Como en nuestro periódico vamos á dedicar una sección permanente para combatir este vicio, condensaremos en pocas líneas los efectos de tan terrible flajelo. Teniéndolo siempre presente, no habrán momentos de incertidumbre ni flaquearemos en el combate.

Los efectos del alcohol se marcan en todo orden.

En el *orden físico*, el uso, aun moderado, de esta clase de bebidas, ocasiona desastrosos efectos en to-

dos los órganos del cuerpo: perturba la digestión, causa enfermedades de estómago (inflamación, gastralgia, úlceras); del corazón (hipertrofia, degeneración grasosa, palpitaciones) y debilita considerablemente el organismo.

Organismos tan maltratados, con potencial tan reducido, tienen que producir una descendencia atrofiada, raquítica, miserable, y continuando la progresión de padres á hijos viene la esterilidad, dejando como huellas la mortinatalidad y las muertes prematuras, factor principal de la despoblación de Lima.

En el *orden intelectual*, el alcoholismo ataca, sobre todo, el sistema nervioso y en especial el cerebro; disminuye gradualmente la inteligencia, la memoria y la voluntad, en una palabra, aproxima el hombre al bruto: lo embrutece. El alcohólico, ya no es capaz de una atención sostenida, no puede juzgar con serenidad de las cosas: la menor dificultad lo arredra: obra solo maquinalmente en virtud de hábitos contraídos, pronto pierde la habilidad, los conocimientos y los talentos adquiridos. A veces las consecuencias son más terribles todavía, son el delirio temblante (*delirium tremens*); la locura del borracho que vé cosas fantásticas en sus alucinaciones; la monomanía homicida, la imbecilidad, la locura verdadera y definitiva.

En el *orden moral* el desconsuelo es terrible. El alcohólico pierde el sentimiento de la dignidad personal: se descuida en sus maneras, en su traje, en su lenguaje: pierde la pública estimación. El desprecio que inspira á todo el mundo le es indiferente; su conciencia se va oscureciendo y por fin desaparece; si por casualidad se da cuenta de su lamentable caída, ya es incapaz de hacer ningún esfuerzo vigoroso para resistir á su fuerte pasión. De nada sirven tampoco los buenos consejos para con él, y se convierte poco á poco en esclavo de las inclinaciones más perversas.

Hay que hacer resaltar también los efectos materiales, simultáneos diremos, que produce el alcohol. El hombre que se embriaga no pierde solamente el dinero que le cuesta la bebida; también pierde los jornales de su trabajo; además tarde ó temprano deberá costear también la asistencia médica y los remedios que exigirá su estado enfermizo ó las heridas que recibirá en las caídas ó peleas y otras diversas imprudencias. Como el borracho casi siempre es un mal obrero, se le paga menos que á los otros las más de las veces; es despedido con frecuencia de los talleres y permanece una parte del año sin trabajo. Si es industrial ó comerciante, es incapaz de atender su negocio con la vigilancia necesaria.

Si graves son las consecuencias para el individuo más graves son para la *familia*.

El alcoholismo es el gran factor de los disturbios domésticos, el productor infalible de la miseria en el hogar, el inagotable manantial de un río de lágrimas, la ruina de la educación de los hijos y la siniestra sepultura de todo amor conyugal ó filial. Un bebedor es el genio maligno de la familia; es mal hijo, mal esposo, mal padre.

El borracho engendra seres desgraciados; hijos degenerados, atacados de raquitismo, de escrófulas, de epilepsia, de idiotismo, etc.

El alcoholismo no es menos fatal á la *sociedad*,

destruye la riqueza nacional y engendra el pauperismo, á menudo origina accidentes y siniestros (accidentes en los ferrocarriles, siniestros marítimos, explosiones en las minas, diversas contingencias y accidentes en las usinas, en los talleres, en la vida pública); es causa directa, por lo menos en la mitad de los casos, de locura y de las tres cuartas partes de crímenes.

El alcohol constituye, pues, uno de los factores más importantes de la decadencia de un pueblo y prepara para las luchas del porvenir, generaciones cuyo desequilibrio intelectual, la falta de energía y de carácter, la ausencia de sentimientos morales y altruistas, constituirán otras tantas causas de inferioridad.»

Gacetilla

El Gobierno ha creído conveniente restablecer las garantías individuales en toda la extensión de la República. Este hecho que significaría mucho si la conducta del Sr. Piérola se ciñese siempre á los mandatos de la ley, carece en lo absoluto del valor que le atribuyen los escritores palaciegos. No es una obra de magnanimidad ni de justicia; es una manifestación de hipocresía, nada más.

Por medio de su decreto, ¿deja el Gobierno de ser arbitrario y despótico? No tal: las facultades extraordinarias del Sr. Piérola son inherentes á su carácter y á su sistema, como lo acreditan todas las arbitrariedades cometidas por él antes de estar autorizado para cometerlas. Ya se encontraba Casasmata lleno de presos políticos; ya la reunión de la Liga de librepensadores había sufrido el mandoble de la autoridad, cuando las Cámaras arrodilladas humildemente á los pies del Gobierno le declararon dueño y señor de todas las garantías constitucionales. Y antes de la última revolución, ¿qué ley autorizaba el encarcelamiento de escritores, el hecho de los Villar y las carnicerías de Huanta?

Legal ó ilegalmente, lo cierto es que el Gobierno sólo considera respetables los derechos de sus adulares. Los ciudadanos probos y dignos disfrutaban de libertad casi por misericordia; de manera que nada se gana con el restablecimiento de las garantías individuales. Mientras en los hechos seamos esclavos de la voluntad del Gobierno, poco nos importarán sus palabras.

* *

Vuelve don Juan Martín Echenique á ser Alcalde Municipal de Lima. Como la vergüenza ha huído del Perú, no hay culpable que no resurja ni réprobo que no se encumbre.

Ser autor de todas las iniquidades posibles, simbolizar una época de degeneración y podredumbre, vivir cubierto de una lepra moral incurable, no son motivos suficientes en el Perú para hacer aborrecible á ningún hombre.

En realidad, merecemos nuestra suerte; somos dignos de la Alcaldía de un Echenique. En otro pueblo, ya no existiría ni el recuerdo de semejante individuo. Por sus tradiciones de familia, Echenique personifica la Consolidación, es decir, el saqueo de la hacienda pública, y por sus propios hechos encarna el oprobio de la derrota de Miraflores y la

ignominia del Gobierno de Montán, con el robo, el incendio y los asesinatos de Trujillo.

Para Echenique, que no cree en la existencia de la sanción moral, y con justicia porque todavía no se le ha castigado, basta una buena dosis de cinismo para hacerse perdonar todas las culpas. Por eso en la memoria municipal habla del trabajo y la virtud, como si le fueran familiares, se convierte en paladín de la educación religiosa, execra el propósito de los librepensadores de casarse civilmente, y hasta considera su Alcaldía como un gran sacrificio personal. Si el bien no fuera lo que es, habría que optar por el mal, porque nada hay más triste que el ensalzamiento del bien hecho por un hombre malo.

* *

No tienen derecho demócratas y civilistas para encajar en sus miserias el nombre del Dr. Figueredo. En la vida de este respetable ciudadano, no hay un solo hecho que induzca á considerarle capaz de cubrir con su manto la tosca farsa electoral que van urdiendo los coaligados.

Hacer viable la imposición de los Srs. Romaña y Alzamora fué el propósito que trataron de satisfacer civilistas y demócratas, al exhibir la candidatura del Dr. Figueredo para la 2.^a Vicepresidencia. Con ese manto habrían podido los modernos monjes de San Uberto sacar libremente su tesoro.

Por fortuna, y como era de esperarse, el Dr. Figueredo ha hecho ver claramente que estima en mucho su dignidad de magistrado y el honrosísimo título de Presidente de la Junta Patriótica, para arrojarlos al lodazal de la política. Con su bandera no surcará los mares el buque negrero que civilistas y demócratas están construyendo: otro será el pabellón que cubra la carga de los señores Romaña y Alzamora.

Cuando se recuerda la lucha sostenida por el civilismo contra las erogaciones de la Junta; cuando se piensa en que sin ton ni son, por pura perversidad, el órgano oficial del pierolismo se desató en injurias contra el Dr. Figueredo, hace apenas tres meses; se desearía tener mil manos para abofetear el rostro de todos esos hombres.

Hoy es digno el Sr. Figueredo de la 2.^a Vicepresidencia, y ayer civilistas y demócratas le echaron de la Corte Suprema porque no tuvo la indignidad de mendigar votos, como los mendigó su contrario; hoy se le aplaude y victorea para inducirlo á cometer una mala acción, y ayer se le dijo que si no devoraba el dinero de la Junta era porque tenía bozal.

Es necesario repetirlo: cuando se ve tanta miseria y tanta iniquidad, se desearía disponer de mil manos para abofetear el rostro de todos esos hombres.

* *

Las razones que aduce el Sr. Billingham para retirar su candidatura, le obligaban precisamente á sostenerla con energía y perseverancia. Por lo mismo que la imposición del Gobierno es descarada y brutal; por lo mismo que se le osbrutía el paso creyéndolo una amenaza para la subsistencia del régimen descabellado y liberticida del Sr. Piérola, ha debido luchar contra la imposición y conver-

irse, de simple amenaza, en demoledor real y efectivo de todas las obras malas de la actual administración.

El miedo de la guerra civil es ridículo y patentiza la cobardía moral de quien lo invoca para dejar sin obstáculos el camino que la astucia y la arbitrariedad quieren recorrer. El Sr. Billinghamurst no puede alimentar la creencia de que basta su alejamiento para impedir una guerra fratricida. El sabe muy bien que la revolución se viene sola, provocada por el mismo Gobierno; de manera que ni él ni nadie tiene derecho á considerarse árbitro de esa calamidad. Y luego, ¿desde cuándo echaron raíces los sentimientos generosos en el ánimo del Sr. Billinghamurst? ¿No declara él mismo que su adhesión á Piérola, el revolucionario que cuesta 20,000 víctimas y más de 20 millones de soles, data de muy larga fecha y ha sido insospechable?

En el fondo de fraseología del 1er. Vicepresidente, se descubre al hombre sin carácter, sin ideales, sin conciencia de sus deberes. El Sr. Billinghamurst ha caído como merecía caer: de bruces y para siempre. Y su caída, á pesar de todo, es útil y benéfica, no sólo porque nos libra de él é impide el resurgimiento de Cáceres y Valcárcel, sino también y particularmente porque deja una enseñanza para la juventud. Los jóvenes partidarios de Billinghamurst saben ya que que no es juicioso ni digno rodear á un hombre por lo que dice sino por lo que hace, nó por sus promesas, sino por sus tradiciones, nó por el entusiasmo que provoque determinada acción de su vida, sino por el respeto que merezca todo ese conjunto de circunstancias que modelan el carácter y definen la personalidad de los buenos ciudadanos.

Muerto Billinghamurst, queda la nación á merced de civilistas y demócratas; ó mejor dicho, sometido por completo á la voluntad del Gobierno. En esta emergencia, el patriotismo aconseja la concentración de todos los elementos sanos para luchar resueltamente contra las candidaturas oficiales y retrógradas. ¿Seremos oídos?

* * *

No podrá quejarse S. E. del homenaje que le rindieron el 5 los empleados públicos, las municipalidades de Lima y el Callao y los partidos Civil y Demócrata.

El 5 hubo de todo: desde lucha de cuernos para civilizar al pueblo, hasta noche buena y fuegos artificiales para engrandecer á la nación. El Intendente de Lima, con su dinero, organizó la torada; las Municipalidades, que no tienen en qué emplear los sobrantes de sus presupuestos, costearon la jarana; y los comerciantes del Callao, pelichados por el Subprefecto y el Jefe de la Gendarmería, erogaron el valor de los petardos.

¿Habrá sido de verse la cara de S. E. en el 80.º aniversario de su natalicio! De seguro que su ardiente y fogosa imaginación lo habrá inducido á creerse Czar de Rusia ó Sultán de Turquía, porque con ambos tiene puntos de contacto. Cuando impone su voluntad y trata á la nación á puntapiés, es Nicolás II, y cuando ordena la corrección de sus enemigos y saborea los últimos placeres de la senectud, es Abdul Hamid.

Sin embargo, la dicha del Sr. Piérola no habrá

sido completa, tanto por el remordimiento de sus culpas, cuanto porque las fiestas inspiraban lástima antes que alegría. Ni una sola manifestación de cultura: todo bajo, todo vulgar, todo grosero. Verdad es que guardaban conformidad con el carácter y la situación del país. Aquí ya no se vive sino para adular: se aduló á Iglesias, se aduló á Cáceres, se aduló á Morales Bermúdez, se adula á Piérola y se adulará, indudablemente, al Sr. de la Romaña.

Como el estómago de viudas, empleados é indefinidos no sufre hambre, se considera á Piérola superior á Cáceres y Bermúdez y se le adula con mayor servilismo. Poco importa el derroche de los caudales públicos, nada significa el estacionarismo de la nación; carecen de importancia los atropellos á la libertad; lo único grande y bueno es dar de comer á viudas, empleados é indefinidos. No contamos ni con ejército, ni con marina; no poseemos una buena escuela ni regulares caminos, no aumentamos nuestra población, ni ensanchamos nuestro comercio, ni atraemos capitales para el fomento de nuestras industrias; pero el Gobierno compone iglesias, refectiona ministerios y sobre todo da de comer á viudas, empleados é indefinidos. *A nadie se debe*, gritan los alquilones, y el presupuesto arroja un déficit considerable, que se salda descontando el porvenir; se habla de bienestar, y todos los impuestos han sido aumentados y los artículos de primera necesidad soportan el peso de gravámenes exorbitantes. En esto nadie piensa: es cosa de poca monta. Mientras el Gobierno pague sueldos y pensiones, la República debe creerse feliz y regenerada. «Comer el pan tranquilos, hacer la digestión, acostarnos cada noche confiados en que al amanecer no ha aparecido un amo flamante», es á lo único que podemos aspirar, según dice *La Ley*; nuestro porvenir consiste en volvernos marranos. Que «el cerebro de este organismo no vibre ni alimente ideas»; que «los partidos desconcertados y descontentos no caminen con firmeza», que «el pueblo siempre mudo, siempre inerte, duerma y siga durmiendo en la inconsciencia de su derecho y de su felicidad», son cosas insignificantes. Comer y digerir ese es el problema: somos cochinos y debemos conformarnos con lo que somos.

Siendo este nuestro carácter y esta nuestra condición, se ha hecho bien en festejar el 5 á S. E. Su Gobierno es paternal, como el de Napoleón III, que también daba de comer y procuraba buenas digestiones; su administración es una gran plaza de abastos, como diría Zola: nos vamos á morir de indigestión.....

Otra cita oportuna

El Erudito: ¿Ha leído Monseñor á Montalvo?

Monseñor: Si es un santo padre y andan sus obras en la colección de los escritos de aquellos excelentes varones, seguramente le he leído mucho y hasta le sé de memoria.

El Erudito: Entonces Monseñor corre parejas con el viejo inválido á quien habiéndole preguntado si conocía Berlín, respondió: «Si mi regimiento estuvo en esa localidad, yo la conozco sin duda ninguna» Montalvo no es santo padre latino ni

griego, así que Monseñor no le ha visto ni por el forro.

Monseñor: Francamente, yo sólo leo mi breviario, el Año cristiano, mis pastorales, los artículos á mi favor.

El Erudito: Y las cartas de las hijas espirituales.

Monseñor: Algunas veces.

El Erudito: Cuando el papel de fina vitela viene oliendo á rosa y ofrece un lindo monograma con cifras de oro.

Monseñor: No lo niego, advirtiéndolo, por supuesto, que todo eso no entraña malicia ni trasciende á pecado.

El Erudito: ¿Y no lee Monseñor el Arte de cocina?

Monseñor: Me basta con el *menu* de mis anfitriones porque yo siempre como en casa ajena.

El Erudito: Volviendo á Montalvo, éste fué un célebre publicista ecuatoriano que tuvo la franqueza de predicar el asesinato de García Moreno y más an,u que suprimido el tirano, se jactó de haber contribuido á matarle.

Monseñor: Buen monstruo es el tal Montalvo.

El Erudito: Diga Monseñor *fué* porque ya no existe el autor de *Los Siete Tratados*.

Monseñor: Tanto mejor si ha muerto, uno menos, porque ese hombre no anduvo por el buen camino desde que prodió el asesinato político, olvidando que, según la doctrina de la Iglesia, toda autoridad debe respetarse porque viene de Dios.

El Erudito: ¿Respetó Monseñor la autoridad de todos los Presidentes?

Monseñor: No respondo á cuestiones insidiosas.

El Erudito: Montalvo fué un hombre de bien que brilló por lo que muchos no brillan, por el valor de arrostrar las consecuencias de sus palabras. Hay quien tira la piedra y esconde la mano. Yo conozco á hombres que diariamente escribieron artículos furibundos aconsejando solapadamente el asesinato de Pardo y que, al surgir Montoya, se lavaron los manos y lloraron lágrimas de cocodrilo sobre el cadáver de su víctima,

Monseñor: ¿Y á qué viene todo eso?

El Erudito: A nada, pero como también hay individuos que hacen caridad á golpe de bombo....

Monseñor: ¿Lo dice usted por los 500 soles?

El Erudito: No lo niego, y á ese respecto viene á pelo este pasaje de don Juan Montalvo: apréndale Monseñor de memoria:

« El silencio es el reino de la caridad, abismo luminoso donde no ve sino Dios; si alquilas las campanas para llamar á los pobres y dar limosna á mediodía en la puerta de la iglesia pregonando tu nombre, eres de los réprobos. La misericordia es muy callada, la compasión muy discreta, la caridad muy modesta: al cielo subimos sin ruido, porque la escalera de luz no suena. (1)

(1) *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes.*
Capítulo III.

Ecós de la semana

PERU

CANDIDATURAS.—Don Eduardo López de Romaña ha aceptado la de la Presidencia de la Repú-

ca, por voluntad de la Asamblea de Delegados del Partido Demócrata coalicionista. Don Guillermo E. Billinghurst, ha desistido de la suya, en los términos siguientes:

Iquique, 3 de Enero de 1899.

Coronel don Augusto Seminario y Váscones, segundo Vice-Presidente de la República y Presidente de la Asamblea de delegados demócratas, Lima.

La exhibición de la candidatura oficial del señor Romaña verificada por la Asamblea dual demócrata, que obedece á las inspiraciones del Presidente Piérola; las declaraciones hechas por don Carlos de Piérola, en el seno del Comité Demócrata, el día en que éste lo cisionó, asegurando que su hermano el Presidente de la República, combatiría á todo trance mi candidatura, porque yo era una amenaza para su obra política; la descarada intervención oficial en las elecciones municipales de Lima; los ataques, durante los últimos dos meses, de EL PAÍS y EL TIEMPO, diarios que reciben cuantiosos favores del Gobierno; la consigna presidencial contra todos mis amigos y contra mí especialmente; el escándalo que dieron en el Senado los representantes gobiernistas, confabulados con los civilistas, para destituir de su puesto de la Junta Electoral Nacional al señor Rodulfo, contra todo principio legal y tan sólo porque era adicto á mi candidatura; la propaganda activa de la falange de empleados fiscales, de la Sociedad Recaudadora y de la Administración de la Sal contra mí; la inmotivada prórroga de la suspensión de las garantías individuales hasta los momentos mismos de los preparativos electorarios; todo esto demuestra claramente que el Presidente Piérola persiste en su propósito de combatir mi elección, olvidando la neutralidad que ha ofrecido, y sin recordar que la víctima de estos atropellos es quien durante un cuarto de siglo le ha dado pruebas de lealtad nunca sospechada siquiera, y quien ha prestado siempre desinteresados servicios al partido demócrata.

Un móvil puramente patriótico y honrado me indujo á aceptar la candidatura presidencial, porque sinceramente creí que conjuraba, con ello, una situación difícil para el país, pues atrayendo á la elección á los partidos sistemáticamente escluidos de la vida oficial, pensé que expirpaba el germen de futuras luchas armadas.

La situación que ahora crea la candidatura oficial echa por tierra, desgraciadamente, esas expectativas patrióticas.

Ya la lucha de los demócratas contra uno ó más de los otros partidos, sino de demócratas entre sí; y francamente declaro que no me resigno á autorizar con mi nombre semejante lucha doblemente fratricida, por más que no me arredre la lucha misma y á pesar de lo que pudieran halagarme las probabilidades del éxito y el prestigio de una situación semejante. Bien saben mis amigos que antes de ahora jamás pensé en la candidatura presidencial, y hago constar esta circunstancia en abono de la sinceridad de mi exposición.

Se me acusa de que con mi actitud política levantaré al cacerismo: si esto sucediera, nada tendría de censurable, desde que entre peruanos no pueden haber odios eternos. El señor Piérola comparte hoy con los civilistas el poder, y sin embargo

desde el año 1874 hasta el 94, estuvo en lucha encarnizada con dicho partido, el cual acusa al pterolismo del asesinato del ex-Presidente Pardo y del diputado Velasco.

El advenimiento del señor Piérola al poder, después de 25 años de batallar por la libertad electoral, ha costado á la República 20.000 vidas de peruanos y más de 20 millones de soles. Sobrecójeme la idea de que pudiera yo contribuir á aumentar la despoblación del Perú, y dar pretexto para que se vacien las arcas fiscales.

He cometido un gran error creyendo que al dejar la tranquilidad de mi hogar, y aceptar la candidatura, prestaba importante servicio al país; y me apresuro á enmendarlo, apartándome de la arena electoral, quitando así todo pretexto para futuros abusos.

En consecuencia, ruégole señor Coronel Vicepresidente, se sirva manifestarlo así á la respetable asamblea demócrata, haciendo pública esta determinación, inspirada únicamente en mi anhelo por la tranquilidad de la Patria, que tanto amo,

Oportunamente daré á conocer al país las razones de Estado que tengo, además de la de carácter personal que acabo de aducir, para retirar mi nombre de la contienda eleccionaria.

Quiera Ud. señor Coronel, aceptar los sentimientos de mi respetuosa consideración y aprecio,

Guillermo E. Billinghurst.

TRUJILLO.—*La Unión Nacional y La Razón*, venidas por el último vapor, denuncian gravísimos hechos realizados en aquella ciudad en la semana pasada. He aquí como se expresa el primero de dichos periódicos:

«MÁS VERGUENZA»

«Como si fueran pocos los vicios, los escándalos las miserias que averguenzan á esta nación infortunada. La disciplina militar, huye de nuestros cuarteles y nuestros soldados, los soldados encargados de custodiar y glorificar el bicolor de Bolognesi: se exhiben por las calles de poblaciones civilizadas, como bárbaros sin Dios y sin ley, como filibusteros feroces exacerbados por el demonio alcohol, como.....no queremos decirlo, pero el ejército peruano no era así antes, no fué jamás así, no revolvió nunca en el lodo de los muladares su uniforme; no saqueó, no forzó, no asesinó, no avergonzó á la gente honrada, no se convirtió en enemigo de la tranquilidad pública, no anduvo formando pandilla de borrachos asquerosos como.....no.....no podemos decirlo, pero lo pensamos, y la pena oprime nuestro corazón y la indignación enrojece nuestras mejillas!

A los ya numerosos escándalos cometidos en esta ciudad por los soldados del batallón número 11; escándalos de que la prensa local se ha ocupado censurándolos con justicia y pidiendo la reprensión y el castigo de los culpables; tenemos que agregar hoy las estrepitosas y sangrientas escenas ocurridas anteayer 25 en la Portada de la Sierra.

Como 40 soldados, de los cuales diez, poco más ó menos eran de «Húzares de Junín» número 1, y 30 del famoso «17 de Marzo» alcoholizados hasta la locura, la emprendieron en la misma tarde de dicho día contra los vecinos del citado barrio, allanando domicilios, forzando á las mujeres, asaltando á los hombres, deschapando baúles y robando el contenido, esparciendo por doquiera el espanto y la desolación.

Pasan de 40 los individuos maltratados, entre heridos y contusos: y de ellos hay algunos en estado de mucha gravedad, como José J. Obeso que está moribundo.

No tenemos tiempo ni espacio para hacer relación minuciosa de los daños hechos por la soldadesca desenfundada y salvaje, pero por lo que dejamos apuntado nuestros lectores se formarán aproximada idea de sus fechorías.

La Portada de la sierra era un infierno el domingo.

Y sin la enérgica intervención de la policía, tan vergonzosas escenas se habrían repetido, el lunes en mayor escala, y asumiendo todos los caracteres de un conflicto entre los soldados y el pueblo, pues éste se había preparado á la defensa y muchos de los primeros, que pasaron la noche fuera del cuartel se dirigían nuevamente el lunes al citado barrio, cuando les cerró el paso una fuerza de policía mandada á ese lugar por el señor Mayor de Guardias, pues el señor Subprefecto del Cercado á quien se dirigió el Alcalde accidental doctor Huapalla, manifestándole la gravedad del caso, aspiraba en Huanchaco la fresca y poética brisa del Pacífico.

Los soldados rechazados, amenazaron con repetir sus fechorías, en mucho mayor escala, cuando se vayan de Trujillo.

¿Será tiempo ya de que los señores Jefes de cuerpo procedan á reprimir la desmoralización de sus soldados con toda la energía que el honor del país y las ordenanzas militares exigen?

Creemos que sí. Tanto más, cuanto que está en Trujillo y conoce la verdad de los tristes hechos que dejamos narrados el señor Comandante General de las fuerzas acantonadas en esta plaza».

Y *La Razón* agrega: Es exacto lo que dice el colega, con la pequeña aclaración de que el doctor Huapalla, al dirigirse á la Policía, no se refirió al escándalo de la Portada de la Sierra, sino á otro que en la cuadra de la Gallera armaron algunos soldados del «17 de Marzo», violando á una desgraciada mujer, para angustia y espanto de otras vecinas. Este escándalo originó la muerte de un policía—Carlos Saldaña—del modo siguiente: El Inspector Balomór Gaviño conducía presos á seis de esos desalmados, cuando al llegar á la puerta de la Prefectura uno de ellos, Mariano Goilo, se resistió y promovió en insolencias; Gaviño hizo entonces uso de su espada, pero con tan mala suerte que, al segundo platazo, la hoja se escapó de la empuñadura y fue á dar en el pecho al mencionado Saldaña que quedó muerto instantáneamente.

Imp. de Víctor A. Torres—Portal de S. Agustín 44.